Pero en mi pecho quedó leve espina; espina que fué muy pronto clavo encendido. Yo antes nada veía, en nada reparaba. Como la luz del sol, deslumbra la luz de la felicidad. Nublado el cielo de mi dicha, todo lo vi claro y distinto. Recordé un sí ardiente como el amor, y otro sí tibio como la gratitud; únicamente con el amor hace el amor nudo que no se rompa. Recordé lágrimas á deshora vertidas, zozobras y temores sin razón aparente. Parecióme ella más joven y hechicera que nunca; hallé en mí con asombro fealdad y vejez. Ahora, á cada momento reciben nuevo pábulo mis sospechas, porque ya Alicia ni siquiera intenta disimular ni fingir; el peso de la culpa anonada la voluntad. Cuando la miro se agita y conmueve, como si las miradas que le dirijo tuviesen virtud sobrenatural para penetrar en su corazón á modo de flechas punzadoras. Nunca me habla sin que su labio tembloroso revele el temblor de la conciencia. ¿Asómase alguna vez á sus ojos lágrima rebelde? ¡Oh, cuál pugna por encerrarla de nuevo dentro de sí, y qué angustioso es contemplar aquella lágrima, haciéndose cada vez mayor en el párpado que la sujeta! ¿Quiere reirse alguna vez? Su risa es más triste que su llanto. ¡Oh, sí, Edmundo, lo juraría delante de Dios: Alicia esconde secreto abominable en su pecho! De ello me he convencido al fin con espanto; con espanto mayor que me causaría ver abrirse repentinamente el azul purísimo de los cielos, y detrás de él aparecer tinieblas y horrores infernales. ¿Quién es el ladrón de mi ventura? ¿Quién el ladrón de su inocencia? Responde. No me digas que no lo sabes: fuera inútil, no te creería. ¿Quién es? ¿No hablas? ¿No quieres hablar? Dios mío, ¿qué

mundo es éste donde tantos cómplices halla siempre el delito?

EDMUNDO.

Veros padecer tan cruel amargura me deja sin fuerzas ni aun para despegar los labios. Repito que sospecháis sin fundamento, que yo nada sé.....

YORICK.

¿Por qué has sido siempre desdeñoso con Alicia? ¿Por qué has dejado de frecuentar esta casa? Porque sabías que esa mujer engañaba á tu padre; porque no querías autorizar con tu presencia mi ignominia.

EDMUNDO.

Oh, no lo creáis..... ¡Qué funesta ilusión!

YORICK.

Si te digo que ya empiezo á ver claro; que ya voy entendiéndolo todo. ¿Ignoras quién es mi rival? Ayúdame á buscarlo. ¿Será Walton quizá?

EDMUNDO.

¡Cómo os atrevéis á imaginar siquiera?.....

Con indignación.

YORICK.

No te canses en disuadirme. No es Walton; de fijo que no. Desechado. ¿Será acaso lord Stanley?

EDMUNDO.

¿Lord Stanley? ¿Porque la otra noche habló con ella un momento?.....

YORICK.

Calla, no prosigas. Tampoco es ése, tampoco. Ya me lo figuraba yo. ¿Será el conde de Southampton, el amigo de Shakspeare?

Pronunciando con dificultad este último nombre.

EDMUNDO.

Ved que estáis delirando.

YORICK.

Entonces, ¿quién es? Sí; no hay duda: será quien yo menos querría que fuese. No basta la traición de la esposa; habré de llorar también la traición del amigo.

EDMUNDO.

No sospechéis de nadie. Ese rival no existe. Alicia no es culpada.

YORICK.

Á bien que ahora mismo voy á salir de duda..... Si es culpada ó no, ahora mismo voy á saberlo.

Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.

EDMUNDO.

¿Qué intentáis?

YORICK.

Nada (Volviendo al lado de Edmundo.): la cosa más natural del mundo; preguntárselo á ella.

EDMUNDO.

¡Eso no!

Horrorizado.

YORICK.

¿Cómo que no? ¿Puedo yo hacer más que fiarme de su palabra?

EDMUNDO.

Pero ¿y si la acusáis sin motivo? ¿Y si es inocente?

YORICK.

Si es inocente, ¿por qué tiembla? ¿Por qué tiemblo yo? ¿Por qué tiemblas tú?

EDMUNDO.

El tiempo aclarará vuestras dudas.

YORICK.

El tiempo que se mide por la imaginación del hombre, dilátase á veces, pintando su confusión y

espanto á las almas con anticipada eternidad. Días há que el tiempo no corre para mí. Quiero volver á la existencia.

EDMUNDO.

Esperad otro día, otro día no más.

Asiéndole una mano.

YORICK.

¡Ni un día más, ni una hora más, ni un instante más! ¡Suelta!

Procurando desasirse de Edmundo.

EDMUNDO.

No lo esperéis.

YORICK.

¡Qué obstinación tan insufrible! ¡Vaya si es terco el mozo!

Forcejeando para desprender de la suya la mano de Edmundo.

EDMUNDO.

¡Escuchad!

YORICK.

¡Y necio por añadidura! Aparta.

Haciendo un violento esfuerzo, con el cual logra desprenderse de Edmundo.

EDMUNDO.

¡Oh!

YORICK.

¡Si no hay remedio! ¡Si he de saberlo todo!...

Con furor.

EDMUNDO.

¡Piedad!

YORICK.

¡Si no quiero tener piedad!

Cambiando de tono y con voz lacrimosa. Vase por la puerta de la izquierda.

p.º 15.